

Notisismo 160104, 16 de Enero del 2.004. Don Tulio Febres Cordero y el Terremoto de Mérida de 1.812. Jaime Laffaille (jaime@ula.ve, lista notisismo@ula.ve)

Don Tulio Febres Cordero es un personaje que no necesita presentación en el mundo de la cultura nacional e internacional: su obra literaria, desarrollada entorno de la crónica, el periodismo y las narraciones, le ha garantizado un lugar indiscutible en la memoria de Venezuela y de Mérida, su tierra natal. En particular, los terremotos parecen haber ejercido cierta fascinación sobre él, probablemente por haber vivido la experiencia del Gran Terremoto de los Andes venezolanos en 1.894.

A pesar de que no escribió un artículo o texto dedicado especialmente al terremoto de 1.812, muchos de los comentarios que aparecen en sus cuentos y tradiciones se refieren a ese evento, ocurrido en plena guerra de independencia de Venezuela, conocido también como “El Terremoto del Jueves Santo” y que ha sido considerado como el más grande terremoto de la historia sísmica de Venezuela. Lo interesante es que Don Tulio, en lugar de sumarse a las opiniones generalizadas acerca del gran poder destructor que tuvo este evento, al que muchos llegaron a considerar como un castigo del cielo dirigido a los patriotas que se habían levantado en contra de la autoridad del rey Fernando VII de España, deja muy bien sentado que los daños sufridos por la ciudad de Mérida se justifican porque sus edificaciones eran muy vulnerables (figura 1) y que la fuerza del sismo en esa ciudad fue exagerada por intereses de origen principalmente políticos.



Figura 1: restos de los tapiales de la antigua hacienda “Las Tapias”, una de las edificaciones más dañadas en Mérida en ocasión del terremoto de 1812.

Sus comentarios, dispersos por las páginas de sus cuentos, tradiciones, crónicas y leyendas permiten un acercamiento relativamente más objetivo a la verdadera dimensión de este terremoto merideño, lamentablemente distorsionado por las circunstancias de la guerra

y la política imperantes para la época. Por ejemplo, en su crónica histórica “Un trabucazo a Tiempo” (Febres Cordero, 1.931) escribe Don Tulio que “Después del terremoto de 1.812 y las tristes vicisitudes porque pasó la patria, nadie pensó en Mérida en reedificar formalmente los edificios. Para 1.813, por el mes de abril, un año después de la catástrofe, había muchas casas ruinosas de pavoroso aspecto, completamente abandonadas. A cada paso tropezaba la vista con escombros, de suerte que aún entorno de la plaza principal el aspecto era tristísimo, contribuyendo a ello principalmente la ruina del antiguo templo que amenazaba con venirse al suelo aún antes del terremoto.....”. Este comentario puntualiza que el templo de San Francisco, donde murieron la mayoría de las víctimas merideñas del terremoto, era ya una edificación casi arruinada al momento del sismo (según Don Tulio este templo había sido afectado y deteriorado por varios temblores ocurridos en el año de 1.786, los cuales afectaron además otras edificaciones de la ciudad de Mérida) y que las razones de que Mérida continuara en ruinas un año después de ocurrido éste estaban más vinculadas a la guerra y la política que a la magnitud de la destrucción sufrida. Según Don Tulio, la razón por la que Mérida no se recuperó rápidamente tiene que ver con el hecho de que, luego del terremoto, fue ocupada por las tropas realistas, lo que obligó al exilio a varios personajes importantes de la ciudad, como el célebre Canónigo Uzcátegui, miembro principal de la junta patriota de gobierno que organizó la provincia en tiempos de guerra, quien llegó a ejercer el poder ejecutivo como presidente en turno, y a la venganza que las nuevas autoridades asumieron contra la ciudad como castigo a los ideales revolucionarios de sus habitantes. Cuenta Don Tulio (1.931) que entre las más afectadas por esta represión a los ideales patriotas se encontraban las reverendas madres Clarisas, congregación de religiosas que no escapó a la pugna entre patriotas y realistas: “las monjas están rezando en abierta oposición, unas piden por Fernando, otras ruegan por Simón” rezaba un versito popular de la época. En su narración del caso histórico “Resistencia de Santa Clara a salir de Mérida” Don Tulio establece (obra citada) que “el hecho que más influyó para definir los bandos entre las religiosas, fue la disposición realista de trasladar el convento de Mérida a Maracaibo, solicitada por el deán y vicario popular Irastorza y por el prebendado Dr. Mateo Más y Rubí, so pretexto de la ruina general producida por el terremoto de 1.812 en la ciudad de la sierra, aunque el verdadero motivo era castigarla como revolucionaria, privándola de las instituciones y preeminencias que más la enaltecían”. En esta narración se establece que la información acerca de la total destrucción de la ciudad y de sus principales edificaciones fue una exageración orquestada con fines meramente políticos y, como muestra, señala Don Tulio que 17 de las 30 monjas del convento continuaron habitándolo después del terremoto sin interrumpir sus labores habituales (las 13 restantes eran realistas y se acogieron a las ordenes de Irastorza y Rubí). En la leyenda “La loca de Ejido” (Febres Cordero, 1.931) escribe Don Tulio que “las casas que el terremoto ha dejado en pie están sombrías y desiertas; la tierra aún se estremece a cada instante...”, evidenciando que no todas las edificaciones de la ciudad quedaron destruidas y que hubo múltiples réplicas del sismo principal. Así mismo establece a través de su recopilación de esta leyenda, que la casa de Marta (personaje de la loca de Ejido) ni las demás de la villa sufrieron con el terremoto, circunstancia que refuerza al comentar, en su cuento tradicional “los tubos del órgano” (obra citada), que los restos de este instrumento, que resultara seriamente dañado al caer sobre él los escombros del templo de San Francisco, fueron guardados en una casa de la vecina ciudad de Ejido propiedad del Sr. Jaime Fornés.

Es probable que el gran terremoto que se ha profetizado para Mérida no ocurra nunca, pero vale la pena preguntarse si las ciudades andinas están preparadas para enfrentar

eventos como el de 1.812. Algo comentó al respecto Don Tulio, quizás marcado por la terrible experiencia que le tocó vivir durante el terremoto de 1894, cuando se dedicó a recorrer las calles de su ciudad vacías de su cotidianidad (figura 3) en busca de indicios que le permitieran comprender la razón de tanto daño, pero esas palabras de él no se discutirá en este notisismo porque ya excedió los límites de la paciencia de nuestros lectores.



Figura 3: Imagen captada por el fotógrafo Romero González (Cortesía de Gabriel Pilonieta)

Febres Cordero, T., 1.931. *Archivo de Historia y Variedades*. Editores Parra León Hermano, Tomos I y II. Caracas. Venezuela.